

sima. ¿Te hallas, decía san Bernardo¹, entre graves peligros de tu alma, combatido de tentaciones internas ó externas? ¿te consideras dominado de algun vicio, agitado del furor de alguna pasion vehemente, ó de codicia, ó de ambicion, ó de amor sensual, ó de ira, ó soberbia, ó envidia? ¿Te tienen tus pasadas culpas en tal inquietud y congoja que te asalten ya pensamientos de desesperacion y de precipitarte al profundo abismo de tu infelicidad, cuando mas debieras confiar en la divina misericordia? En fin, ¿conoces que tu alma está en inminente peligro de su eterna perdicion? Aquí, aquí es donde debes recurrir con todo el afecto al amparo y patrocinio de tan gran Madre. Aquí es donde lo has de solicitar con humildes súplicas, con devocion fervorosa, con filial confianza, seguro de que no te negará su favor.

14. Sí, Madre amantísima: en vuestro patrocinio confiamos. Él es nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo, la firme áncora de nuestras esperanzas. ¡Infelices de nosotros, si entre tantos peligros, con tantas tentaciones, rodeados de tantos y tan fuertes enemigos no lográsemos vuestro poderoso amparo! Á él acudimos, como el hijo que, acosado de una fiera, ó acometido de algun feroz enemigo, se acoge á los brazos de su madre. Por mas que nuestras culpas nos hayan hecho indignos del nombre de hijos vuestros, Vos sois y seréis siempre Madre nuestra, tan compasiva como amante. Mostrad, pues, que lo sois con los efectos de vuestro materno cariño, amparándonos, defendiéndonos, guiándonos, librándonos de los peligros de este mundo, para que logremos la suspirada dicha de bendeciros con puro, rendido, perpétuo afecto en el cielo, y gocemos en vuestra dulcísima compañía la vista y amor de vuestro santísimo Hijo por toda la eternidad. Amen.

¹ S. Bern. cit.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (Psalm. LXXVI, 3).

Grandiosas son las cosas que de ti se han dicho, ¡oh ciudad santa de Dios!

Convenite, et ingrediamur civitatem munitam. (Jerem. VIII, 14).

Venid, congreguémonos y refugiémonos en esa ciudad fortalecida.

1. ¡Cuán grandiosas y sublimes son las cosas que...! Se han encomiado vuestras virtudes... Quién os ha comparado á... Unos, con san Atanasio, os han aclamado...: otros, con...: aquí san Cirilo...: allí san Bernardo... *Gloriosa dicta sunt*, etc.

2. Nada de esto satisface hoy mis ideas... Pero cuando oigo que san Agustin..., san Efren..., etc., ¡ah! entonces concibo yo una idea..., y mis labios no cesan de exclamar: Salve, Virgen singularísima..., tú eres la esperanza única...; tú... *Tu civitas refugii omnium ad te confugientium*.

3. Ciudades llamadas de refugio en la antigua Ley... María es, en la nueva, la verdadera ciudad de refugio... ¿No es en su patrocinio...? ¿Quién podrá dudar de la eficacia de este patrocinio? Yo no dudo llamarle universal y...

Reflexion única: El patrocinio de María es el mas eficaz, ilimitado y universal para todos cuantos le buscan.

4. María tiene el poder y la voluntad de patrocinar á los humanos... El poder universal y casi ilimitado de María lo fundamos en su divina maternidad... ¡MADRE DE DIOS! Ni el cielo, dice san Anselmo, ni... Calle y estremézcase, dice san Pedro Damiano, toda... ¿Cuál será, pues, el poder...? Sumision de Jesús á María: *Et erat subditus illis*... No intentamos nivelar el poder de María con el

de Jesús... Mas no por esto... Palabras de san Agustín..., de san Pedro Damiano..., de san Antonino de Florencia...

5. Rebosando están los escritos de los Padres y Doctores... San Anselmo..., san Buenaventura..., san German, etc. Jesús es omnipotente por naturaleza, María lo es por gracia...

6. Á mas del poder tiene María la voluntad de patrocinarnos... ¿De qué nos serviría su gran poder, pregunta el Doctor seráfico, si le faltara...? Palabras de san German... Jamás comprenderemos esta voluntad, porque no podemos concebir todo el amor con que nos ama María... Arnolfo Carnotense... san Ambrosio... san Anselmo...

7. Si tanto nos amó en vida, ¿podríamos ahora dudar de su afecto maternal? No, contesta el Doctor seráfico, antes bien... *Quis unquam*, dice un piadoso escritor, *ó beata... Sileat misericordiam tuam*, dice san Bernardo, *Virgo beata, qui...*

8. Palabras magníficas de un ingenio contemporáneo: «Cuanto puede formar en nosotros convicciones...»

9. El pordiosero, el enfermo, el encarcelado, el náufrago, el universo entero sabe que á María le sobra la voluntad de favorecer á cuantos á ella recurren fervorosos, que es la protectora universal...

10. ¿Qué, pues, nos detiene...? Venid, os diré con Jeremías, *convenite, et ingrediamur*, etc.

11. ¿Hállanse acaso entre vosotros quienes...? No temais... Venid, acogeos bajo su... Basta que de corazon la invoqueis para sentir los efectos de...

12. ¿Por ventura, acosados de las tentaciones...? Pues venid, *convenite, et ingrediamur*, etc. No teneis necesidad de hablar. Ella hablará por vosotros...

13. ¿Acaso sumergidos en una profunda miseria...? No os desconsoléis, venid, *convenite, et*, etc. María es *consolatrix afflictorum*... María es una madre solícita... San Buenaventura, san Jerónimo, el Damasceno... Si grande fue la compasion de María mientras fue viadora, dice el seráfico Doctor, mucho mayor es y... María interpondrá sus ruegos en vuestro favor y..., se enjugarán vuestras lágrimas, tendrá fin...

14. En fin, si por una permission de la divina Justicia nos estuviese reservado ver aquellos dias lúgubres que... ¡Ah! entonces sí que con mas fuerza que nunca os diré: *Convenite, et ingrediamur*, etc... Acudamos á María protectora de nuestra España, y... Por mas que el

jansenismo, el filosofismo, el protestantismo preparen sus máquinas..., no temais. Confiad imperturbables... María no permitirá que la confianza de España sea ilusoria.

15. Así lo esperamos...; así lo espera esta congregacion...; así lo espera todo este pueblo...; así lo espera ese real é ilustre sacerdocio, cuyos votos... Harto sabemos cuánta necesidad tenemos de vuestro patrocinio... Cesen, cesen ya los males que... Que en el lugar de las turbulencias... Que arda en los pechos de todos los españoles el..., que todos os aclamen su esperanza en esta vida, para que...

SERMON III

SOBRE

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (Psalm. LXXXVI, 3).

Grandiosas son las cosas que de tí se han dicho, ¡oh ciudad santa de Dios!

Convenite, et ingrediamur civitatem munitam. (Jerem. VIII, 14).

Venid, congreguémonos y refugiémonos en esa ciudad fortalecida.

1. ¡Cuán grandiosas son y cuán sublimes las cosas que de Vos se han dicho, ¡oh ciudad santa del Dios vivo! se han encomiado vuestras virtudes, se han celebrado vuestras glorias, se han ponderado vuestras prerogativas, se han ensalzado vuestros méritos, se han elogiado vuestros dones, se han aplaudido vuestras gracias, se ha admirado vuestra magnificencia, se ha engrandecido vuestro poder. Quién os ha comparado á un sol brillante, quién os ha llamado luna hermosa, quién os ha dicho aurora divina, quién cedro del Líbano, quién ciprés de Sion, quién palma de Cades, quién plátano frondoso, quién oliva fructífera, quién rosa de Jericó, quién terebinto sombrío, quién cinamomo oloroso, quién bálsamo aromático. Unos, con san Atanasio, os han aclamado Reina de todo lo criado; otros, con el abad Ruperto, os han asemejado á una tierra vírgen prevenida con anticipacion con el riego de la divina gracia, y fecundizada con sus mas preciosos dones: estos, con el Damiano, os reconocen por tesorera de Jesucristo y dispensadora de sus dones; aquellos, con san Anselmo, como plenipotenciaria del Monarca celestial: aquí san Cirilo os apellida la obra de los consejos eternos; allí san Bernardo, acueducto indefectible por donde se comunican á los hombres los mas abundantes raudales de gracias. ¡Qué série de elogios! *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.*

2. Confieso no obstante, carísimos oyentes, que nada de esto

satisface hoy mis ideas. Ningun elogio de estos, por sublime y poético que sea, es capaz de llenar el inmenso vacío que encuentra mi corazón. Pero cuando oigo que un Agustino la aclama esperanza única de los pecadores; cuando escucho á san Efreñ que saludando á María, la dice: ¡Oh Vírgen admirable! Vos sois la abogada universal de los hombres delincuentes; cuando san Basilio la compara á un público valetudinario á donde se acogen los enfermos, necesitados y destituidos de todo humanal socorro; cuando, en suma, leo á san Juan Damasceno, y veo que haciendo hablar á María, pone en sus labios estas sublimes palabras: «Yo soy una ciudad de «refugio para todos cuantos á mí se acercan:» *Ego civitas refugii omnium ad me confugientium*¹: ¡Ah! entonces es cuando yo concibo una idea grandiosa de esa incomparable Vírgen: entonces es cuando mi corazón late de placer, mi alma se engrandece, mis sentidos experimentan un no sé qué de grato y de embelesador, todo mi ser nada en un piélago inmenso de delicias, y mis labios, repitiendo el sublime lenguaje de la tradicion, no cesan de exclamar: ¡Salve, Vírgen singularísima, solaz y gozo de los que gimen agobiados bajo el enorme peso del error y de la culpa! Nosotros miserables pecadores no conocemos asilo seguro fuera de tí; tú eres la esperanza única de nuestra salvacion; tú nuestra cordial y sincera abogada ante el acatamiento de Jesús nuestro supremo juez; tú, en fin, aquella ciudad bien murada en cuyo recinto, el pobre, el afligido, el enfermo, el perseguido, el pecador, y hasta el desesperado halla el mas poderoso y eficaz patrocinio. *Tu civitas refugii omnium ad te confugientium.*

3. Bajo este símbolo misterioso contemplo yo hoy á nuestra amabilísima Madre, María santísima. Figúrome ver en ella la realidad de lo que Dios dispuso en la antigua ley en los días del gran Josué. Eligiéronse ciertas ciudades llamadas de refugio, la primera en la Galilea sobre el monte de Neftalí, cuyo nombre era Cedes; la segunda en el monte de Efraim, apellidada Siquem; y la tercera llamada Cariath-Arbe ó Hebron, situada en el monte de Judá. De la otra parte del Jordan, hácia el oriente de Jericó, señalaron á Bosor, en la llanura del desierto de la tribu de Ruben; á Ramot, en Galaad, de la tribu de Gad; y á Gaulon, en Basan, de la tribu de Manasés. Destinadas estas ciudades á servir de asilo á aquellos que, indígenas ó extranjeros, se hubiesen hecho reos de un homicidio involuntario, tan luego como á ellas se refugiaban,

¹ S. Joan. Dam. orat. 2 de Dormit.

eran declarados inviolables; y pasado algun tiempo, érales concedido volver á su hogar nativo bajo la proteccion y salvaguardia de la ley. (Josue, xx). ¡Qué idea tan luminosa se desprende de este pasaje de los santos Libros en elogio de la incomparable Virgen! ¿Quién sino ella es la verdadera ciudad de refugio en donde los míseros hijos de Adán han hallado siempre y hallan en todo tiempo la proteccion mas decidida contra todos los males que pueden aquejar su triste existencia sobre la tierra? ¿No es en su patrocinio en donde buscan sin cesar el consuelo los afligidos, la alegría los tristes, salud los enfermos, fortaleza los débiles, calma los que zozobran en el tempestuoso mar de las pasiones, puerto los que naufragan en el océano del vicio, y el perdón de sus culpas los que desean reconciliarse con el eterno Mediador? ¿Y quién podrá dudar de la eficacia de este patrocinio? Yo no dudaré llamarle universal y casi ilimitado. Midamos sino el poder y voluntad que María tiene de favorecernos por su grandeza y excelencia; y hallaremos que á la par que esta no reconoce límites fuera de Dios, tampoco los tienen su voluntad y poderío; y en su consecuencia deduciremos que el patrocinio de María es el mas eficaz, ilimitado y universal para todos cuantos le buscan. Hé aquí todo mi asunto. Saludemos, etc.: *Ave María*.

Reflexion única: El patrocinio de María es el mas eficaz, ilimitado y universal para todos cuantos le buscan.

4. Para que el favor y valimiento no pueda ser calificado de ilusorio, menester es que se funde en un poder real y positivo, y en una voluntad decidida de acceder á lo que motivó el objeto de la súplica. Ahora bien, que estas dos cualidades se hallen en María en toda su plenitud y perfeccion, es indisputable, y pensar lo contrario no es solamente un error, es tambien una injuria atroz hecha á aquella Virgen sin par. María tiene el poder y la voluntad de patrocinar á los humanos. Y en cuanto á lo primero, ¿quién osará disputársele? Como quiera que todos los atributos y prerogativas de la Virgen se deriven de su maternidad divina y en ella se refundan, de aquí es que todos los títulos con que la honra la santa Iglesia, y con ella la piedad cristiana, no son sino efectos, y, si así puede decirse, ramificaciones de aquel con que el Eterno la honra en tiempo, haciéndola verdadera y dignísima Madre de Dios. En este privilegio inefable, y que toca tan de cerca la esfera de lo

infinito, colocamos y fundamos el poder universal y casi ilimitado que atribuimos á María para patrocinar á los mortales; poder que no podrá parecer exagerado, si hacemos reflexion sobre las inexplicables grandezas que encierra este augusto dictado. ¿Quién jamás pudo concebir la elevacion y grandeza que á María resultó de su maternidad augusta? Todo cuanto hay de grande y de asombroso fuera del Omnipotente, cede en presencia de la Madre del Verbo increado. Los siglos, las sociedades, la ciencia, la literatura, la historia, la poesía, no han podido inventar una palabra mas sublime que esta: ¡MADRE DE DIOS! Ni el cielo, ni la tierra, ni los Ángeles, ni los hombres, Dios mismo, dice san Anselmo, no ha pronunciado nombre mas excelso, á excepcion del suyo propio, que el de la MADRE DE DIOS¹. Calle y estremézcase, exclama san Pedro Damiano, toda criatura; ni aun á contemplar se atreva la inmensidad de tan grande gloria. Dios habita en esta Virgen con quien se ha identificado en una misma naturaleza². ¿Cuál, pues, será el poder comunicado por el Todopoderoso á aquella criatura de quien recibió la vida humana que para salvar á los hombres abrazara? ¿Cuán grande el valimiento de aquella que de su propia sustancia alimentó al que, dueño de cuanto existe, proporciona el sustento á todos los seres que respiran bajo del cielo? El predominio é imperio sobre los hijos es una gloria esencial de todos los padres, un derecho dictado y sancionado por la naturaleza misma. El mismo Jesucristo mientras habitó entre los mortales nos dió el ejemplo de la mas perfecta deferencia, del respeto mas filial hácia su divina Madre. ¡Con qué reverencia no acató sus voluntades! ¡Con qué sumision tan profunda no ejecutó sus mandatos! ¡Con cuánto gozo y con qué prontitud tan admirable no prevenia sus menores insinuaciones! El Evangelio nos dice que era su súbdito y que estaba en un todo rendido á sus mandatos: *Et erat subditus illis*. (Luc. 11, 31). Y acaso, amados oyentes, porque glorificado ahora en el cielo le ha sido dado todo poder y un nombre ante quien se humilla lo celeste no menos que lo terrestre, los hombres bien así como los Ángeles, ¿habráse olvidado que es Hijo verdadero de María? No pretendemos por es-

¹ Hoc solum de sancta Virgine, prædicare, quod Dei Mater sit, excedit omnem altitudinem quæ post Deum dici vel cogitari potest. (*De exc. Virg.* cap. 4).

² Hic taceat et contremiscat omnis creatura, et vix audeat adspicere tantæ dignitatis immensitatem. Habitat Deus in Virgine cum qua unius naturæ habet identitatem. (*Serm. 1 de Nat. Virg.*)

to establecer una igualdad rigurosa de naturaleza entre el Hijo y la Madre. Ni serémos nosotros quienes, en los excesos de una devoción mal meditada, intentemos nivelar el poder de María con el de Jesucristo. Convencidos estamos de que este, por la union hipostática con la persona del Verbo, es superior á quanto existe, y en este concepto admitimos una inferioridad, una desproporcion infinita en la Madre respecto del Hijo. Mas no por esto estamos menos persuadidos del poder casi ilimitado que aquella criatura, que ni tuvo ni tendrá jamás semejante, goza en el cielo en razon de su divina maternidad. El que protestó no haber descendido á la tierra á quebrantar la ley, sino á llenarla en toda su extension, no es concebible se desviase de este principio, y dejase de honrar y acatar en el cielo á su divina Madre, dice muy bien el Padre san Agustín¹. Y ya que no nos atrevamos á asegurar con el doctísimo Damiano que María se acerca al trono de Jesucristo, no en el concepto de suplicante, sino con todo el imperio del que manda², ningun temor tendrémos de decir con san Antonino de Florencia, que los ruegos de aquella Virgen sacratísima, siendo ruegos de madre, se revisten de cierto carácter de imperio, por lo que es imposible que deje de ser escuchada cuando ruega en favor de los hombres³. No puede admitirse duda alguna acerca de esto. Si las súplicas de los justos son tan eficaces ante la divina presencia, que el gran Tertuliano se atrevió á llamar á su oracion una *omnipotencia suplicante*, ¿qué no podrémos decir de las preeces de aquella de quien un solo suspiro merece sin comparacion alguna mas que los ruegos de toda la corte celestial⁴?

5. En este principio irrecusable se han fundado y de él se desprenden los elogios que en todos tiempos se han hecho del poder de María santísima. Rebosando están los escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia católica de expresiones sublimes, de rasgos brillantes, de sentencias tan admirables acerca de este punto, que mas de una vez han llegado á parecer hipérboles y exageraciones

¹ Numquid non pertinet ad benignitatem Domini, Matris honorem servare qui legem non venit solvere sed adimplere? (*D. Aug. apud Liguor. Glor. de Mar. t. I, cap. 6*).

² Accedis enim ad illud humanæ reconciliationis altare, non solum rogans, sed imperans. (*S. Petr. Dam. serm. 1 de Nativ. B. Virg.*).

³ Oratio Deiparæ habet rationem imperii; unde impossibile est eam non exaudiri. (*S. Anton. pag. 4, tit. 13, cap. 17, parr. 4*).

⁴ Unum Beatæ Mariæ suspirium plus posset quam omnium Sanctorum simul suffragia. (*Justin. Micchov. in lit. B. V. verbo: Virgo potens*).

piadosas, hijas de un afecto entusiasta y acalorado, mas bien que realidades positivas. Juzguen, empero, de este modo los que, extranjeros á la ciencia de la Religion, jamás profundizaron sus principios, ni estudiaron con detenimiento y reflexiva calma sus invariables consecuencias. Á nosotros ninguna extrañeza puede causarnos quanto en obsequio de María pueda decirse, convencidos como estamos de que ella es la obra mas perfecta de Dios, el tipo de todas las virtudes, el santuario de todas las gracias, el compendio de todos los prodigios, la Madre augusta del Redentor. Diga en buen hora san Anselmo que Dios ensalzó á María hasta el punto de hacerla conseguir de él quanto desea¹; llámela san Buenaventura poderosísima delante de su Hijo²; que san Germán en su religioso fervor la diga: imposible es ¡oh Virgen santa! que dejes de ser escuchada de aquel Señor que en todas las cosas os reconoce por su verdadera Madre³. Exclame, en fin, san Bernardino de Sena: ¡todo obedece al imperio de esta Virgen sin exceptuar al mismo Dios⁴! Nada de esto podrá parecernos exagerado, puesto que sabemos que así como Jesucristo es omnipotente por naturaleza, María lo es tambien por gracia. ¡Privilegio grande, incomprensible, inaudito! pero debido en cierto modo á la Madre de la vida, á la dispensadora de la gracia, á la restauradora de la raza culpable, á la corendentora de la humanidad. Inútil seria insistir mas en probar una verdad que ha formado la creencia casi universal de todos los siglos.

6. Y siendo indudable que María tiene en sus manos la administracion (si me es lícito expresarme de este modo) de los tesoros de su divino Hijo, ¿podrémos hacer un problema de la voluntad y deseo ardentísimo que tiene de patrocinar á cuantos á su intercesion poderosa se dirigen? ¡Cómo! ¿Á quién daría el Omnipotente corazon mas tierno que á su Madre? ¿á quién infundiría un alma mas compasiva? ¿en quién depositaria entrañas mas amorosas? ¿á quién haría mas suave y cariñosa y mas capaz de hechizar el corazon humano que á la que habiendo llevado en su seno al Dios del amor, participó de su benignidad, de su mansedumbre, de su afa-

¹ Te Deus, ó Virgo, exaltavit sic, ut omnia tibi secum possibilis esse donavit. (*S. Ans. lib. de Conc. Virg.*).

² Grande privilegium Mariæ quod apud Filium sit potentissima. (*S. Bon. in Spec. cap. 8*).

³ Non enim potes non exaudiri, cum Deus tibi ut veræ et intemeratæ Matri in omnibus morem gerat. (*S. Germ. in Enc. Deip.*).

⁴ Imperio Virginis omnia famulantur, etiam Deus. (*S. Bern. Senen. t. II, serm. XVI*).

bilidad, y mas que todo de su deseo ardentísimo de salvar á los hombres? De otra suerte ¿de qué nos serviría el gran poder que la comunicara su Hijo santísimo, pregunta con mucha razon el Doctor seráfico, si la faltasen la voluntad y el deseo de emplearle en nuestro favor? ¡Ah! venturosamente para nosotros, sabemos que así como para con Dios es la mas poderosa de todos los Santos, así tambien es la abogada mas amorosa y la mas solícita de nuestro bien¹. ¿Quién como Vos, ó Madre de misericordia, exclama entusiasmado san German, cuida de todo el género humano? ¿Quién como Vos nos defiende y consuela en los trabajos que nos afligen? ¿Quién como Vos empeña su valimiento en protegernos de nuestros enemigos peleando á nuestro lado? Vuestro patrocinio ¡oh María! excede á cuanto nos es dado comprender². Jamás, carísimos oyentes, jamás comprenderemos esta voluntad, este deseo eficazísimo que de protegernos tiene nuestra amabilísima Madre; porque ni concebimos ni concebir nos es posible todo el exceso de amor que arde en su virgíneo pecho. ¡Ah! ¡El amor de María! ¡qué abismo tan insondable! Cuando recuerdo aquel sublime ¡HÁGASE! que sus labios pronunciaron al anunciarla el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, misterio en que estaba incluida nuestra adopcion junto con la de su Unigénito; cuando la contemplo firme como una roca al lado del feral suplicio de su amantísimo Jesús, aceptando con celestial resignacion la sustitucion mas amarga que jamás se propuso á ninguna madre; cuando veo correr por sus pálidas mejillas aquellos torrentes de llanto abrasador con que en el día del gran sacrificio regó abundantemente los peñascos del Gólgota, yo no dudo asegurar que el amor de María hácia los hombres no puede expresarse con los labios. Diga norabuena Arnoldo Carnotense que, identificada con su divino Hijo en los excesos de su caridad hácia los redimidos, ardia en iguales deseos de dar su preciosa vida por salvarlos, si su sacrificio hubiese sido aceptable á los ojos del Omnipotente³; diga san Ambrosio que, deseosa de con-

¹ Quid tanta potentia Mariæ prodesset nobis, si ipsa nihil curaret de nobis? Sed sciamus indubitanter... quia sicut ipsa apud Deum omnibus est potentior, ita pro nobis omnibus est sollicitior. (S. Bonav. in Spec. lect. 6, 7).

² Quis post Filium tuum curam gerit generis humani sicut tu? Quis ita nos defendit in nostris afflictionibus? Quis pugnat pro peccatoribus? Propterea Patrocinium tuum majus est quam apprehendi possit. (S. Germ. de Zon. Virg.).

³ Flagrabat Virgo astuante charitate ut pro humani generis salute simul cum prole profunderet vitam. (Arnold. Carnot. Tract. de Verb. Dom.).

tribuir al gran designio de la reparacion universal del linaje del hombre culpable, envidiaba la suerte de su Hijo pendiente del sagrado leño, y se ofrecia con todo su afecto á los ejecutores para ser participante de los tormentos que aquel experimentara¹; no dude afirmar san Anselmo que en la vehemencia de sus ansias por salvar á los hombres, no hubiera dudado constituirse como otro Abraham sacrificadora de su propio Hijo, si hubiese sido necesario este acto tan doloroso². Por sublimes, por enérgicas que sean sus expresiones, siempre serán demasiado débiles para ponderar el excesivo amor que nos tiene nuestra divina Madre; siempre será una verdad que el patrocinio de María es mayor que todo cuanto puede comprenderse: *Patrocinium tuum majus est quam apprehendi possit.*

7. Ahora bien, católicos, si tan grande fue el amor de María hácia los hombres mientras vivió, si tan excesivo y vehemente fue su deseo de patrocinarnos; ahora que, sublimada á la mas incomprendible gloria, reina en el cielo á la diestra de su divino Hijo, ¿podríamos dudar de su afecto maternal? ¿Fueron acaso momentáneos sus ardientes suspiros por nuestra felicidad? Sus lágrimas de precio inestimable ¿perdieron, por ventura, su eficacia? Y los ruegos fervorosos que hiciera en el Calvario ¿quedarían confundidos en la negra noche de su afliccion? No, contesta sábiamente el Doctor seráfico, antes bien, al modo que los resplandores del sol brillan incomparablemente mas que los de la luna, así la piedad de María en el cielo, su amor y voluntad de patrocinarnos exceden sin proporcion alguna á estos mismos afectos que nos manifestara en la tierra. Si en el mundo no hay quien deje de participar de la luz del sol; ¿hay por ventura alguno que no haya experimentado el patrocinio de María³? ¿Quién jamás, ó Virgen santa (exclama un piadoso escritor), quién acudió á vuestro patrocinio, y fue desamparado⁴? Si hay alguno, decia san Bernardo, que habiéndoos invocado en sus necesidades haya sido defraudado en sus esperan-

¹ Pendebat in cruce Filius, Mater persecutoribus se offerebat. (S. Ambr. De inst. Virg. cap. 7).

² Si oportuisset ad implendam voluntatem Dei, Filium in cruce posuisset. (S. Ans. apud Garc. t. I, serm. IV, pag. 80).

³ Quemadmodum sol lunam superat magnitudine splendoris, sic priorem Mariæ misericordiam superat magnitudo superioris. Quis est super quem Mariæ misericordia non resplendet? (S. Bon. in Spec. B. V. cap. 8).

⁴ Quis unquam, ó beata, fideliter omnipotentem tuam rogavit opem, et fuisse derelictum? (B. Eutiq. in vit. S. Teoph.).

zas, enmudezca de hoy mas para siempre, y no vuelva á desplegar sus labios para elogiar vuestras piedades ¹¹!

8. Pero esto no es posible. «Cuanto puede formar en nosotros «convicciones profundas, ha dicho luminosamente un ingenio contemporáneo, otro tanto concurre á persuadirnos de esta verdad. La «tradicion, la teología, la historia, el instinto mismo, todo testifica «que la humanidad entera tiene en María un refugio poderoso, una «esperanza infalible, una medianera eficaz, en fin, lo que ha menester para conjurar esa nube de desgracias que frecuentemente se «condensan sobre su frente.»

9. Si os acercais al pobre albergue del pordiosero, si seguís sus pasos cuando de él sale para demandar de puerta en puerta el socorro que reclaman sus necesidades, le oiréis pronunciar el nombre de María. Si abordais el triste lecho del enfermo, ó asistís á los últimos momentos del moribundo, escucharéis que sus labios ya balbucientes invocan el auxilio de María. Si penetráis en las cárceles en donde los criminales expian sus excesos, mas de una vez escucharéis bajo las bóvedas de aquel horroroso asilo este nombre tan amable; y aun en las paredes mismas de aquellos negros calabozos veréis estampados los caracteres del patrocinio de María. Si en medio de un mar embravecido contemplais al desdichado náufrago que lucha con los vientos y porfia con las espumosas olas por arribar al puerto, ¿á quién le oís invocar sino á María? No iréis á parte alguna donde no veais gloriosos vestigios, recuerdos dulces, y pruebas las mas positivas y palpables del patrocinio de María. Los campos, las ciudades, los templos, los albergues del dolor, los asilos del infortunio deponen de esta verdad harto consoladora. El universo entero sabe que María, en cualidad de Madre de Dios, goza los mas sublimes privilegios en favor de los mortales; que tiene el poder y la sobra la voluntad de favorecer á cuantos á ella recurren fervorosos; en suma, que es la protectora universal de la humanidad, y la ciudad mística del Todopoderoso en donde hallan asilo seguro todos los hijos de Adán.

10. ¿Qué, pues, nos detiene, católicos oyentes? ¿Por qué permanecemos quietos é inactivos, os diré con el profeta Jeremías? *Quare sedemus?* Venid, corred, apresuraos y refugiémonos en esa ciudad fortalecida é impenetrable á los asaltos del enemigo comun

¹¹ Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, qui in necessitatibus te invocant meminert defuisse. (S. Bern. serm. I de Assumpt.).

del género humano: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam, et sileamus ibi.* (Jerem. VIII, 14).

11. ¿Hállanse acaso entre vosotros quienes habiendo perdido el norte de la divina gracia, batidos de las tempestuosas olas de los remordimientos de una conciencia criminal, de los temores de la divina Justicia, sin luz, sin guía, sin fuerzas, sin aliento, sin esperanza se hallen ya casi sumergidos en el abismo de la desesperacion? Pues no temais: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam:* Venid, corred presurosos y refugiaos á esa ciudad fortalecida: acogeos bajo su manto y proteccion, y confiad, porque esta Madre de misericordia es toda bondad, toda dulzura, toda benignidad, aun para con los pecadores desesperados: á ninguno desdeña, á ninguno desprecia, á todos recibe, á todos consuela, á todos perdona: *et sileamus ibi;* basta que de corazon la invoqueis para sentir los efectos de su proteccion benéfica.

12. ¿Por ventura, acosados de las tentaciones del comun enemigo, destituidos de fuerzas para resistir á sus continuos asaltos, instigados de las venenosas persuasiones de un mundo corrompido y seductor, molestados de las sugestiones de una carne recalitrante que se rebela contra el espíritu, persuadidos de vuestra propia debilidad, temeis ser víctimas infelices de unas pasiones tumultuosas que os arrastran en pos de deseos criminales que no podeis satisfacer sin ofensa de Dios y detrimento de vuestra alma? Pues venid, corred presurosos: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam:* acogeos á esa ciudad fuerte, poneos bajo el patrocinio de María. En vano el infierno preparará sus máquinas, y empleará todos sus ardides; en vano el leon feroz rugirá, y circuirá en derredor de esa ciudad de refugio. *Ego murus,* dirá María: yo soy un muro impenetrable donde vendrán á embotarse todos sus ponzoñosos tiros; yo que en el principio de los dias pisé el áspid y el basilisco, y causé la ruina mas completa al Leviatan soberbio, yo te protegeré, no temas, y mucho mas terrible que un ejército puesto en orden de batalla, te defenderé, y tu victoria será la mas completa; refugiaos, repito, almas tímidas, á esa ciudad santa del Dios vivo, María terror de los demonios, á cuya vista huyen despavoridas las potestades del averno; venid, *et sileamus ibi;* no teneis necesidad de hablar: vuestro humilde silencio, vuestras lágrimas, vuestra compuncion serán para María un idioma mucho mas eficaz y expresivo que el de vuestra lengua; ella hablará por vosotros; ¡levantaos, Señor, dirá, y perezcan vuestros enemigos! y á la voz de esta Rei-

na del cielo, no de otro modo que la cera se derrite á la presencia del fuego, así desaparecerán confusos los enemigos de vuestra salvacion.

13. ¿Acaso sumergidos en una profunda miseria, víctimas de la mas completa indigencia, destituidos de todo auxilio humano, pobres, sin proteccion, sin crédito, mezclais con vuestras lágrimas el pan escaso que os proporciona el sudor de vuestro rostro, gemís, clamais, y viendo inútiles y sin fruto vuestros ruegos delante de las criaturas, os entregais á una negra melancolía que os consume y aniquila, y llegais hasta desear el sepulcro como término de vuestros padecimientos? Pues no, no os desconsoléis: venid, corred presurosos: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*: buscad asilo en esta ciudad de refugio; María es el consuelo de los afligidos, como canta la Iglesia santa; María es toda ojos para ver las necesidades de los menesterosos, como la llama san Epifanio¹, María es una madre solícita cuyas miradas están siempre atentas sobre sus hijos para protegerlos y prestarles auxilio á todo trance, como dice Ricardo de San Víctor²; María está tan deseosa de subvenir las necesidades de sus devotos, que este pensamiento absorbe en cierto modo todos sus pensamientos y deseos, como se explica san Buenaventura³; y si, como asegura san Jerónimo, el corazon de esta Señora, aun viviendo, fue tan piadoso y tierno hácia los necesitados, que jamás hubo persona en el mundo á quien afligiesen tanto sus propias miserias como alligian á ella las ajenas⁴, ¿acaso porque ha sido sublimada sobre todas las criaturas para ser Reina del cielo, se habrá ya olvidado de sus miserables hijos? No, responde el Damasceno, léjos de nosotros pensamiento tan injurioso; sean esos en buen hora los sentimientos de esas divinidades sublunares, de esos hijos de un siglo eminentemente orgulloso y soberbio, de esas almas pequeñas á la par que vanas y arrogantes, de esos cerebros que, infatuados con el humo de los inciensos que les prodigan á manos llenas unos hombres venales y aduladores, pretenden hacer curvar ante sí el universo, se desdeñan de rozarse con aquellos que les parecen sus inferiores, y creyendo hallar méritos donde no existen tal vez sino crímenes, á todos desprecian, á todos humillan, á todos sonrojan, sin exceptuar de su caprichosa insensatez aun á aquellos que un dia fueran sus amigos y tal vez sus protectores. Pero María; ¡ah! no es conveniente á una piedad tan

¹ Ap. Liguor. Glor. de Mar. tom. I, cap. 8. — ² Ibid. — ³ S. Bonav. sup. *Salv. Regina*. — ⁴ Epist. ad Eustoch.

grande el olvido de tamañas miserias¹. Si grande fue su compasion mientras fue viadora, mucho mayor es y sin límites ahora que es comprensora, como escribe el seráfico Doctor; y tanto mas, cuanto es mayor y mas perfecto el conocimiento que ahora tiene de nuestras necesidades². Postraos, pues, ante el trono de esa Madre de misericordia, y allí poseidos de un respetuoso silencio, esperad: *Sileamus ibi*. María interpondrá sus ruegos en vuestro favor y... No dudeis un punto, se enjugarán vuestras lágrimas, tendrá fin vuestra tristeza, hallará término vuestro desconsuelo, se socorrerán vuestras necesidades; y si en los consejos eternos estuviere decretado que en pena de vuestros pecados ó para ejercicio de vuestra virtud padezcáis estas penalidades, os conseguirá resignacion en vuestros trabajos, paciencia en vuestras tribulaciones, conformidad en la voluntad del Señor; y esta paciencia, esta resignacion, esta conformidad serán coronadas en el cielo con un premio con quien no tienen proporcion todas las penalidades de esta vida.

14. Finalmente, si por una permission de la divina Justicia nos estuviere reservado ver aquellos dias lúgubres que experimentó la ingrata Jerusalem, conforme á la prediccion de Jeremías, dias en que los huesos de los reyes, y los huesos de los príncipes, y los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los profetas, y los huesos de todos los habitantes de esta ciudad anatematizada por el Dios terrible y vengador, fueron extraídos de sus sepulcros y arrojados por las calles y plazas; dias en que los que sobrevivieron á las víctimas del furor enemigo, llegaron á preferir una muerte cierta á una vida llena de las mas crueles inquietudes; dias en que la verdad no existía entre los hombres; dias en que por efecto del trastorno general, todo era error, todo confusion, todo vértigo; dias en que los falsos profetas corrompidos y venales engañaban á los incautos, anunciándoles una paz que jamás debia existir³; si esto, repito, estuviere reservado á nuestro patrio suelo en castigo de nuestros crímenes, ¿qué harémos? ¡Ah! entonces sí que con mas fuerza que nunca levantaré mi voz y os diré: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*: venid, corred, apresuraos, busquemos un asilo en aquella ciudad santa de Dios; acudamos á María protectora de nuestra España, y cuyas puertas amó mas que los tabernáculos de Jacob; acojámonos todos bajo su proteccion como en un lugar seguro; y entonces, por mas que el tortuoso jansenismo, y el impío

¹ S. Petr. Dam. serm. I de Nat. Virg. — ² In Spec. c. 8.

³ Jerem. VIII.

filosofismo, y el intolerante protestantismo preparen sus máquinas belicosas, y hagan cuanto puedan y quieran para desmoralizar, destruir y exterminar nuestra patria, nuestra Religion, nuestro culto, no temais: confiad imperturbables; España, que en los primeros años del siglo VIII, castigada por el Dios vengador á causa de los delitos de los Witizas y Rodrigos, se vió inundada de los sectarios del Koran, y fue presa del furor mahomético; España, cuyos templos fueron entregados á la rapacidad de aquellos inhumanos; que vió profanados los asilos de la piedad, quemados sus altares sacrosantos, holladas sus imágenes sagradas, demolidos sus tabernáculos, olvidados sus sábados y solemnidades, y al mismo Dios vivo, inmortal y eterno, víctima de la mas refinada impiedad; España, digo, que en medio de todos estos males, bajo los auspicios de María, supo arrojar de su seno á estos enemigos de la religion del Crucificado, y triunfando de sus maquinaciones volvió á recobrar su antiguo esplendor, su religion, sus templos, sus altares, su culto, experimentará el efecto de las promesas de su protectora; María no permitirá que su confianza sea ilusoria.

15. Así lo esperamos, ó Reina del empero sublimada sobre todas las jerarquías celestes. Así lo espera esta congregacion venerable cuyos deseos son que vuestro amor se encienda en todos los corazones, y que todas las lenguas celebren vuestras alabanzas. Así lo espera todo este pueblo que os rodea y aclama ciudad de refugio, lugar de asilo, y tabernáculo de propiciacion. Así lo espera ese germen electo, ese real é illustre sacerdocio, gente santa, pueblo de adquisicion, y yo en nombre de todos me atrevo, ó Madre amantísima, á presentaros sus votos y deseos. Harto sabemos cuánta necesidad tenemos de vuestro patrocinio. Ahora mas que nunca se hace preciso desarrolleis en favor nuestro todo el caudal de vuestra piedad y misericordia sin límites. Cesen, ó Virgen santa, cesen ya los males que nos aquejan. Que en lugar de las turbulencias y divisiones que agitan este país vuestro por excelencia, renazca la paz y la union, precursoras de una verdadera época de ventura y felicidad. Que arda en los pechos de todos los españoles el sagrado fuego de vuestro amor y culto, que todos os aclamen su vida, su dulzura, su esperanza en esta vida, para que en la otra Vos misma seais su gozo, su felicidad, la que ciñais sus sienes con la corona inmortal de la gloria. Amen.

ASUNTOS

PARA EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

1.º *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* (Cant. vi). Es una guerra continua la vida del hombre sobre la tierra. La proteccion de María es medio muy poderoso para defendernos: 1.º contra nuestros enemigos interiores; 2.º contra los asaltos del infierno. — Enumeracion de los peligros á que está expuesto el hombre viador. — María exaltada en el cielo vuelve á nosotros sus ojos perspicaces, para ver nuestras necesidades, y amorosos y de madre para socorrernos. — Furor del enemigo infernal siempre armado para daño del hombre. María, que pisó ya su orgullosa cerviz, va continuando á favor nuestro sus triunfos sobre el mismo. Se la puede comparar al arca, con cuya presencia fue expugnada la ciudad de Jericó, y fueron vencidos los filisteos: *Quando elevata fuit Virgo gloriosa ad caelestia regna, demonis potentia imminuta est et dissipata.* (S. Bern. Senen. serm. XI de B. V.). — Conclusion: Si el hombre cede al empuje de las pasiones y cae en los lazos del tentador, y por consiguiente en desgracia de Dios, María se hace su mediadora ante el trono divino, y mediadora solícita, amorosa, poderosa.

2.º *Ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa est mecum.* (Job, xxxi). Cosa terrible debe de ser la cólera de Dios, si Job le suplica que le esconda en los abismos hasta que aquella haya pasado. Los pecadores, empero, tienen donde ponerse en salvo, siendo para ellos María un asilo siempre abierto, una ciudad de seguro refugio. Ella fue dada á los hombres como principio de vida y salvacion, y como reparo de los infinitos males que les causara Eva. — 1.º La misericordia nació con María; y 2.º, lo que es mas consolador todavía, nació de ella. Esto es: la misericordia ha salido con María del seno de su madre; la misericordia ha salido del seno virginal de María. — Siendo el misterio de la Encarnacion, en cuya economía á la bienaventurada Virgen le habia de haber tanta parte, un misterio todo de amor, no es de extrañar que ella haya recibido entrañas de misericordia. Todas las figuras del Antiguo Testamento que nos prometen esta Virgen, no indican mas que dulzura y efusion de tierno amor: el iris, señal de paz despues del diluvio; el arca revestida de oro, imagen de la caridad;